

un concilio y Nos te requiriésemos para que enviases los obispos y abades de tus dominios, tu enviarás y te retendrás los que estimases mas convenientes para el servicio de la iglesia." Tal es el famoso decreto en que apoyaba la córte de Nápoles sus pretensiones. Clemente XII no tuvo el consuelo de ver terminado este delicadísimo negocio; mas en el segundo año de pontificado de su sucesor tuvieron fin las contraversias de un modo enteramente satisfactorio para ambas córtés.

60. Habia tenido el Papa que sufrir en este mismo tiempo muchos disgustos, que llenaron de amargura los últimos años de su pontificado. Vióse precisado el gobernador de Roma á humillarse al embajador imperial conde de Harrach, piéndole perdon en presencia de muchos señores alemanes de un insulto que habia hecho un ministro de justicia de la ciudad á un oficial del Emperador. La córte de Viena habia desechado al electo nuncio de Bruselas, pariente de su Santidad. Pero mayores y mas sérios que estos fueron los sentimientos que padeció Clemente en los tumultos de Roma y de Velletri. Hacia algun tiempo que los españoles reclutaban en Roma gente para su ejército, en lo que se cometieron algunas particulares violencias, sin que el gobierno atendiese á poner algun remedio creyéndolas, como efectivamente eran, insignificantes y de poca consecuencia. Mas oyéronse un dia desde las ventanas de una casa contiguas al palacio Farnesio los descompasados gritos de personas que pedían socorro. Al oírlos imaginó el pueblo que eran lamentos de soldados reclutados á la fuerza, é inmediatamente amotinóse la plebe, allanó y saqueó la

casa, y quemó todos sus muebles en medio de la plaza inmediata. Hízose todo esto en menos de un cuarto de hora, y en igual tiempo se esparció el rumor por toda la ciudad prevenida ya contra los reclutadores extranjeros. El populacho se encaminó luego de tropel hácia la plaza Farnesio, atronando las calles con los gritos amenazadores de *tírale, tírale que es español*. Acometieron aquel palacio mas de seis mil hombres amotinados, y echaron por tierra las armas del Rey de Nápoles. En vano trató el gobierno de contener á aquellos furiosos haciendo avanzar sus ministros de justicia, y enviando despues doscientos hombres de infantería y los coraceros del Papa: nada respetó el populacho, sino que aumentándose su furor pasó á la plaza de España y acometió el palacio del Rey Católico habitado por el cardenal Acquaviva, matando á sus puertas un oficial español que se habia presentado para apaciguar el tumulto. De allí pasaron los sublevados á sitiar el palacio Corsini vomitando mil injurias contra la familia del Pontífice, hasta que desfogada su rabia se dividieron para ir á pedir al embajador imperial y demás dependientes y adictos a la casa de Austria armas para vengarla y ésterminar á sus enemigos, y no habiendo recibido respuesta alguna se separaron finalmente al anóchecer.

Durante la noche se comunicaron repetidos avisos del palacio de España al de Corsini y al monte Cavallo, trabajando incesantemente todos los ministros de su Santidad y el cuerpo diplomático para que no se repitiese el tumulto al otro dia. El embajador del imperio prohibió, bajo pena de la vida, á sus domésticos y á los



oficiales alemanes que se hallaban en Roma tomar parte en la sublevacion. Sin embargo, verificóse al dia siguiente lo que tanto se temia. Los transtiberinos, famosos por su destreza en el manejo de la honda, se unieron al pueblo agrupado en diferentes puntos de la ciudad. El cardenal Acquaviva hizo colocar en orden de batalla delante del palacio de España ciento cincuenta soldados de su nacion, repartiendo otros tantos entre las ventanas del edificio. A pesar de estas disposiciones, el populacho y los transtiberinos embistieron á pedradas el cuerpo de guardia que custodiaba el puente Sant-Angelo. Los soldados hicieron una descarga sobre los grupos, pero se replegaron inmediatamente, y prosiguiendo los rebeldes en sus victorias, pasaron el puente y asaltaron otro cuerpo de guardia, quedando en este encuentro algunos muertos y heridos de ambas partes. Pasó de allí el vulgo á la plaza de España, hizo grandes esfuerzos para penetrar en ella é insultar á los españoles, mas se lo impidieron las milicias que habian cerrado y custodiaban todas las avenidas. Retrocedieron entonces los amotinados, y con tumultuosos gritos avanzaron hácia la plaza Colonna, donde la tropa se vió forzada á rechazarlos á tiros y mató algunos de ellos. Aumentábase entretanto mas y mas el furor del populacho; los transtiberinos haciendo volar enormes piedras desbarataron las tropas de su Santidad, y caminando sobre los cadáveres de los soldados muertos corrieron á acamparse delante del palacio del conde Harrach, renovando sus aclamaciones á favor de la casa de Austria.

Nada sabia el Santo Padre de cuanto ocurría en la

ciudad, pues creyeron los ministros que se lo debian ocultar para evitarle mayores sentimientos, pero llegó á tal punto la sedicion, que no fue ya posible dejar de comunicarle alguna noticia. La plebe habia espedido correos á Frascati, á Albano, á Marino y á otros lugares para excitar aquellos á que pasasen inmediatamente á Roma con sus armas. Los ministros de su Santidad en medio de aquella turbacion universal, resolvieron enviar diputados á los sediciosos para inducirles á separarse, y fueron elegidos para esta mision el Príncipe de Santa-Cruz y el marqués Crescenci, los que pasando á la otra parte del Tiber tuvieron que oír con paciencia los insolentes discursos de los gefes del tumulto, que no eran mas que menestrales pertenecientes á la ínfima clase del pueblo. Hicieron éstos sus proposiciones pidiendo que se diese libertad á los que habian apresado los ministros y soldados del Papa; que se obligase á los españoles á restituir los romanos que habian reclutado; que no se permitiesen en adelante en la ciudad reclutadores extranjeros, y que el Pontífice concediese un indulto general á todos los que se habian asociado para defender la pública libertad. Preciso fue conceder á los sublevados cuanto pedian, y solo de este modo pudo desvanecerse el tumulto y restablecer la calma en Roma.

61. Con la noticia de la tentativa hecha en aquella capital contra los españoles, se alarmaron y fortificaron en el territorio de Velletri cerca de tres mil soldados del Rey Católico que caminaban á la vuelta de Nápoles, y faltándoles los forrages principiaron á asolar los campos y á segar las mieses aun en cierne. Tomó las armas con



este motivo el pueblo de Velletri, resuelto, no solo á impedir á aquellas tropas el paso por su ciudad, sino tambien á forzarlas á partir. Acudió el cardenal Franciseo Barberini, obispo de Velletri, mas no pudo calmar el tumulto; y los españoles, á pesar de los sublevados, entraron en la ciudad donde cometieron algunas violencias. El ministerio de Roma no perdonó medio alguno para tranquilizar el ánimo del cardenal Acquaviva, quien recibió orden de retirarse de Roma juntamente con el cardenal de Belluga y todos los demás napolitanos y españoles. El Papa encargó al arzobispo de Nápoles, cardenal Spinelli, para tratar de composicion con su Rey, y se ajustó que presentarian en Nápoles tres gefes de los transtiberinos para pedir perdon de los insultos hechos á la corona de España, con cuya humillacion tuvieron fin las disensiones y tornó á restablecerse la buena armonía entre la curia romana y las dos córtes que se tenían por ofendidas.

62. Deseoso el jóven Rey de Nápoles de hacer prosperar á su nacion, dió un paso que fue reprobado por el mismo pueblo y por algunos Príncipes. Habia visto su Magestad y examinado personalmente el gran comercio que hacian los judíos en Liorna, donde eran bien vistos y preferidos en el trato por los comerciantes extranjeros. Con la idea, pues, de atraer á su reino todas las ventajas que podia producir á su comercio el establecimiento de aquel pueblo, publicó un edicto llamando á los judíos, y concediéndoles la facultad de erigir sinagogas en Nápoles, Palermo y Messina, y aun en otras ciudades del reino, y otorgándoles algunos otros privilegios

y esenciones. Acudieron en consecuencia á Nápoles desde varios puntos de Europa un gran número de comerciantes judíos, y se establecieron en aquel reino no obstante que temian ser conocidos y sacrificados como objetos de la pública execracion, porque conocian la siniestra impresion que habia hecho el edicto del Rey en el vulgo ignorante que se tomaba la libertad de tacharlo de impío y pernicioso.

63. La páz y buena armonia que se habia restablecido entre Roma y España, vióse de nuevo en peligro de romperse por el nombramiento del Infante D. Luis, hijo tercero de Felipe V y de la Reina Isabel, para el arzobispado vacante de Toledo. El embajador español comunicó la noticia al Papa suplicándole que confirmase la eleccion y concediese al electo la dispensa de la edad. Pero como no contaba el Infante todavía mas que siete años, pareció á la curia romana inadmisibile esta pretension, aunque no por ello dejó de repetir sus instancias el embajador. Para conseguir la aprobacion que solicitaba, presentó monseñor Ratti á su Santidad una esposicion en que alegaba diferentes egemplos de iguales dispensas concedidas por sus predecesores; cuya esposicion se sujetó al exámen de una congregacion de siete cardenales, segun el método con que solia el Papa Clemente desembarazarse y poner fin á las causas mas graves. Pasóse algun tiempo en contestaciones, hasta que por último declaró la congregacion el resultado de su exámen y conferencias, y espidió el Papa la deseada bula de confirmacion, y creó además al Infante cardenal de la santa Iglesia romana. Luego que se recibió en España esta



noticia, despacharon los Reyes católicos un correo espresamente para dar gracias á su Santidad, y ordenaron al cardenal Acquaviva ofrecer al Pontífice las mas señaladas muestras de gratitud en nombre del Rey, de la Reina y del Infante cardenal. Desde entonces tambien comenzó la corte de Madrid á dar á los cardenales el título de eminentísimos y reverendísimos, en lugar del de ilustrísimos y reverendísimos que les daban antes.

64. En el tiempo mismo en que la Iglesia de Toledo celebraba con públicas demostraciones de alegría la elección de un Príncipe real para ocupar la Silla, de quien esperaba ser edificada con los egemplos de una conducta perfectamente religiosa y pastoral, y con la elevacion y esplendor de su alto nacimiento (aunque se frustraron estas esperanzas por la prematura muerte del Infante), la iglesia de París recibió de su dignísimo prelado las mas evidentes pruebas de celo y vigilancia episcopal. Habiendo observado Mr. de Vintimille en el breviario comun de su diócesi algunas espresiones y relaciones históricas de que tomaban ocasion los protestantes para murmurar contra los católicos, concibió el designio de enmendarlo suprimiendo de él las leyendas que una sana y juiciosa crítica ha reconocido universalmente por fabulosas, y corrigiendo todas las fórmulas que parecian atribuir á los santos la gloria propia de Dios. Sirvióse á este efecto de la ilustracion de muchos eclesiásticos distinguidos por su saber y por sus virtudes; formó un breviario casi enteramente nuevo, y mandó que se recibiese en toda su diócesi. Empero no agradó á algunos la empresa del arzobispo; y circuló en París un libelo

anónimo en que se tachaba al prelado de jansenista, y á sus cooperadores en la reforma del breviario de sospechosos de heregía. El parlamento condenó el libelo á ser desgarrado y quemado públicamente por manos del verdugo. No obstante, no faltaron obispos franceses que delataron el nuevo breviario al tribunal del Papa, pretendiendo que á lo menos era un libro peligroso y escandaloso. Clemente XII espidió por el pronto un decreto á Luis XV para que lo hiciese suprimir; mas habiéndole examinado entretanto detenidamente en Roma, y hallándolo de todo punto católico y edificativo, dirigió el Papa un breve á su nuncio en París aprobando el breviario reformado.

65. Este pequeño triunfo consagrado con la aprobacion del Vaticano, hizo al parlamento de París mas orgulloso y atrevido. En el discurso de dos años publicó dos decretos arrogándose el derecho de regular la doctrina que se debía enseñar en las escuelas; de asignar los libros, y de establecer á su modo el respeto y sumision debida á los sagrados cánones; prohibiendo al mismo tiempo reconocer la bula *Unigenitus* como regla de fe. Dió ocasion al primer decreto una pastoral de Mr. de Saint-Albin, publicada en Agosto de 1735, en que citaba este prelado en apoyo de su doctrina las tres bulas contra Bayo, un decreto de la inquisicion y la constitucion *Unigenitus*. Un mandamiento del obispo de Leon motivó el segundo decreto. Este prelado que trabajaba ya mas de tres años con un celo incansable en estirpar el jansenismo que se habia arraigado en su diócesi, publicó una instruccion ordenando espresamente á todos



sus feligreses prestar la sumision debida á la bula *Unigenitus* como á regla de fe. Vióse , pues , precisado el Papa cuando llegaron á su noticia semejantes decretos á amenazar con los rayos de la Iglesia á aquel osado tribunal. Anuló y casó ambos decretos , prohibió su lectura bajo las mas rigurosas penas como que contenian proposiciones falsas , temerarias , injuriosas á la autoridad del Sumo Pontífice y al órden episcopal , favorables á los novadores é inducentes á la desobediencia , á la rebelion y al cisma. Por esta conducta tan irregular se conoció claramente que el parlamento habia cometido dos atentados , uno en arrogarse el derecho de decidir cuestiones que no le pertenecian , y el otro en definir contra las decisiones mismas de la Iglesia , aun prescindiendo de su tendencia á anular las bulas contra Bayo y contra Jansenio.

66. A estas tristes escenas siguió otra no menos lamentable para la iglesia de Francia , cual fue la caida y retractacion escandalosa de Juan Carlos de Segur , obispo de San Papoul. Habia éste recibido de Dios los beneficios mas singulares , y estaba adornado de tan bellas cualidades , que su aberracion escitó el horror y las lágrimas de todos los buenos. Antes de ser promovido al obispado y aun despues de ocupar por algun tiempo su silla , se habia distinguido siempre en impugnar á los novadores , y habia edificado á su pueblo con su respetuosa sumision á todos los decretos emanados de la Silla apostólica contra los sectarios. Mas por un resto de aficion á los malos principios en que estuvo imbuido en su juventud , conservaba cierta correspondencia secreta con

algunos del partido , que hacia temer , si no todo , al menos parte del escándalo que dió despues (1). En efecto , mientras que los prelados de la oposicion habian ya prestado espontáneamente ó estaban dispuestos á prestar la obediencia debida á la constitucion de Clemente XI , el obispo de San Papoul se retractó de improvisó de la sumision que habia profesado á la Iglesia , contando públicamente en el número de los pecados mas graves el haber aceptado la bula , y acusándose reo por haberla recibido. No contento aun con este paso , no se avergonzó de declarar á presencia de todo el reino , con una desfachatéz sin semejante , que habia fingido ó aparentado solamente una falsa sumision á los decretos apostólicos con el único objeto de allanarse el camino al obispado ; y que si habia despues castigado á los refractarios , lo habia hecho injustamente y contra los remordimientos de su propia conciencia. Habiendo , pues , revocado todos sus mandamientos publicados en favor de la constitucion , hizo dimision de su obispado , y consumió su rebelion abiertamente á los apelantes. Su caida , dice el obispo de Sisteron , dejó en el mundo una espantosa memoria de la justicia de Dios , y su renuncia alejó de los fieles el contagio mortal de sus discursos y el escandaloso ejemplo de su apostasia (2).

67. El carácter dominante de los dos partidos en que se hallaba dividida la Francia , era generalmente hablando de la animosidad siempre turbulenta y preparada á todos los horrores de la venganza. Un canónigo

(1) *Mozzi Comp. histor. Chron. t. 2. p. 151.*

(2) *Laffiteau histor. Const. Unig. l. 6. §. 96.*



de Donai, llamado Rivet, fue insultado despues de su muerte por los católicos, sin mas motivo que haber sido apelante, por lo que llegaron á desenterrar dos veces sus huesos, queriendo aun arrojarlos del lugar que le habia señalado el cabildo de aquella iglesia en la sepultura destinada á los niños muertos sin haber recibido el bautismo. Al contrario por haber aceptado la bula el abate Conet, vicario general del arzobispo de París, fue el objeto, no solo del mas grave de los insultos, sino tambien de la mayor de todas las desgracias. No pudiendo sufrir un malvado partidario del error que este eclesiástico permaneciese firme en detestar los principios de la secta, y sospechando con algun fundamento que él era quien habia inducido al cardenal de Noailles á rendirse á las repetidas solicitudes del Papa Benedicto XIII y á aceptar la bula *Unigenitus*, resolvió con indecible furor asesinarle, como lo efectuó clavándole un puñal en el pecho de tal manera, que el herido no vivió mas que el tiempo necesario para pronunciar el nombre de su asesino llamado Lefevre. Apresado éste despues por la justicia, declaró que á haber errado el tiro aquella noche, lo hubiera dado sin falta á la mañana siguiente que era el dia de Pentecostes, al pie del altar mientras el arzobispo celebraba en la iglesia metropolitana asistido de su vicario general, lo que hizo creer á algunos que el asesino estaba demente. Sin embargo, la justicia no atendió en un caso tan grave mas que al horror del sacrilegio y á la necesidad de hacer un grande egemplar, por lo que el reo fue condenado á que le cortasen la mano y á ser enrodado vivo.

68. Es sin duda y será siempre grande y lamentable desgracia del género humano este ciego espíritu de partido que tan bárbaramente arma á los hombres contra sus semejantes, y á las veces á los mas próximos y allegados entre sí; pero que este mismo furor se dirigia no solo contra los muertos, sino tambien contra aquellos que despues de haber admirado al mundo con sus virtudes, gozan de Dios y son nuestros protectores en el cielo, y forman en la tierra el objeto de la veneracion de la Iglesia, es un género de locura inesplicable y que jamás, al parecer, podia caber en los hombres. No obstante, el jansenismo dió una prueba de que no hay manera alguna de demencia ó fanatismo á que no pueda abandonarse el espíritu humano en la oposicion que manifestaban sus secuaces á la canonizacion y culto del gran Vicente de Paul. Háiale canonizado el Papa Clemente XII, juntamente con los beatos Francisco de Regis, Catalina Flisco y Juliana Falconieri, á 16 de Junio de 1737; y á 4 de Enero de 1738 el parlamento de París, dominado por los jansenistas, para quienes nada hay de respetable, se atrevió sacrilegamente á poner su mano en el cielo desgarrando y suprimiendo la bula en que se declaraba la santidad de Vicente. Nada podia presumirse menos que esta supresion; nada mas contrario al espíritu de nacionalidad de que se han gloriado siempre los franceses, y nada por fin mas distante de la inspeccion del parlamento que una bula de esta naturaleza. Vicente de Paul, cuyo nombre recuerda la idea de la virtud mas pura y de la caridad mas heróica, sacrificado de por vida y arrostrando inmensos trabajos por el bien de sus